

IV. LA RECONCILIACIÓN CON LA REALIDAD. SITUACIÓN Y OBJETO. EL "UNIVERSO"

EL SISTEMA de Hegel tuvo hasta hace poco una amplia divulgación en su última forma, en la que había sido comprendido, fijado dogmáticamente, o vencido, por sus sucesores inmediatos. En este último escalón de su desenvolvimiento se nos presenta sobre todo como una filosofía de la cultura. Se trata de los bienes eternos del espíritu: del derecho, del arte, de la religión, del acervo de hechos valiosos con que cuenta la historia universal, del inventario de problemas significativos con que cuenta la historia de la filosofía.

Todos estos objetos sugieren un ambiente de "cosas acabadas". Aunque son deducidos con ayuda de un desarrollo dialéctico, el cual los presenta como interrelacionados y al mismo tiempo como diferenciados de la manera más variada, de todos modos se encuentran "frente al filósofo", en cierto sentido; el filósofo los necesita como objetos que existen desde hace mucho tiempo, pero que ahora "se alcanzan a sí mismos" mediante una comprensión racional.

Hegel presenta esta situación como indiscutible en el prólogo de una obra que, más que otras, caracteriza su vejez: la *Filosofía del derecho*. "Cuando la filosofía pinta en colores pardos los aspectos pardos de una figura de la vida, esta figura ha envejecido." "En calidad de pensamiento mundial, aparece en secuencia temporal, sólo después de que la realidad haya terminado en el proceso de su formación, y se haya preparado para la llegada de este pensamiento."¹⁸⁰

La consecuencia necesaria de esta manera de ver las cosas consiste en que la filosofía no debe enseñarnos cómo podría realizarse un pensamiento (en lo porvenir), sino que más bien

¹⁸⁰ Edición G. Lasson, 2ª ed., p. 17.

debe hacernos comprender cómo la realidad (acabada desde hace algún tiempo) corresponde a la razón. La filosofía es: "La cristalización de su época en pensamientos."¹⁸¹

En cuanto logra interpretar la "cosa" —dejándola llevar su propia vida—, en ese momento y a base de sus propios elementos (*hic Rhodus, hic saltus!*), y no con ayuda de cualesquiera normas de índole trascendental que reclaman para ellas una validez eterna, realiza una tarea supra-temporal en medio del tiempo.

Pero esta realización produce el perfeccionamiento de la "cosa" en sí misma. En este perfeccionamiento el límite entre la realidad y la razón desaparece. El filósofo —¡sólo él!— reconoce como última y suprema de sus prestaciones la eterna "rosa en la cruz de la actualidad". El "ahora" y "aquí" se le convierte en "siempre" y "por todas partes": se le presenta como la esencia y la plenitud concreta de todo el conocimiento racional, por el hecho de que esta esencia y esta concreta plenitud de todo el conocimiento racional sobresalen en forma supra-actual desde cualquier "ahora" y "aquí". Esta visión comprensiva es "la reconciliación con la realidad".¹⁸²

Creo que no cabe duda de que esta reconciliación representa en última instancia un comportamiento frente al universo, o, mejor dicho (ya que "comportamiento frente al universo" implica aún un residuo de un dualismo), una situación. Lo que esto quiere decir, es algo que sólo puede aclararse en forma teórica, por el hecho de destacarlo como un "otro" desde un fondo de "lo uno"; obrar teóricamente significa: distinguir, confrontar objetos conscientemente, unir mediante separación y separar mediante unión. Proponemos la siguiente definición: situación se llama lo que no es objeto. Pero objeto es simplemente todo y toda cosa dentro del universo. Objeto es todo respecto de lo cual encontramos una relación en que algo subjetivo se relaciona con algo objetivo, comenzando con nosotros mismos en calidad del yo reconocido como tal, hasta las estructuras más extrañas que aún sean accesibles a nuestra conciencia. Pero también corresponde al concepto

¹⁸¹ *Ibidem*, p. 15.

¹⁸² *Ibidem*, p. 16.

de "objeto" todo lo que poseemos de antemano en forma íntegra, todo lo que somos en forma general, dentro del universo, y lo que somos en forma particular, dentro del conjunto universal, comenzando por los datos de nuestra conciencia personal y humana, poseídos ateóricamente y representados mediante nuestra existencia, hasta llegar a los hechos evidentes, impersonales, "en sí" incomprensibles, de nuestra existencia anclada en el universo. Trataremos de comprender en forma global dentro del concepto de "objeto" todo lo que de cualquier modo resulte ser accesible a la comunicación (aunque fuese con medios ateóricos, por ejemplo artísticos o religiosos o eróticos). Y con lo anterior no debemos pensar meramente en una comunicación entre el hombre y un colega-hombre (¡a este respecto surgen aún dificultades de índole muy particular!), sino que todo respecto de lo cual podemos alcanzar cierta claridad y comprensión en relación con nosotros mismos, y dentro de nosotros mismos, todo esto es "objeto".

El término mismo (desgraciadamente ligado a la imagen de un "encontrarse en oposición con") no tiene especial importancia. De la misma manera pudiéramos decir: "cosa", "cuerpo", si estas expresiones no tuvieran otras particularidades que no diesen fácilmente lugar a malentendidos, y que no se pudieran arrancar fácilmente al uso idiomático mediante órdenes de carácter filosófico. Por lo tanto nos quedamos fieles al término de "objeto", que se nos ocurre a este respecto en forma inmediata, y que ha sido utilizado, en estos últimos tiempos (¡A Meinong!) en un sentido igualmente amplio, y con este término designamos simplemente todo y cada cosa dentro del mundo.

Y una vez más repetimos: situación se llama todo lo que no es objeto.

Pero, ¿qué es "situación" entonces? Cada uno siempre que se haya encontrado "en una situación", la ha "vivido", como se suele decir; pero en realidad no puede reconstruirla por el pensamiento, ni tampoco expresarla. Nuestra lengua es muy adecuada para la comunicación teórica, también para la artística en la poesía, para la religiosa en la oración, y en el cambio personalísimo de sonidos incluso para la comunicación erótica; pero en todos los casos tiende hacia la intelec-

tualización, y por lo tanto a la transformación en lo objetivo; ella sólo puede designar la situación por el hecho de anular todo lo propio de la situación y convertirlo en rasgo propio de lo objetivo. Esto ya ha sucedido en el momento en que formulamos teóricamente la "situación" como "algo" que no es objeto. "En sí, la situación no es "algo"; en realidad, ni siquiera "es". Sólo de estructuras dentro del universo, es decir, de objetos, podemos afirmar que "son"; pero lo que no puede calificarse como objeto, no cabe en la categoría del ser —y en ninguna otra—. Es lo que sucede con "situación". Por lo tanto, debemos evitar decir otra cosa que: "se llama situación lo que no es objeto", con lo cual conservamos conscientemente el concepto de "situación" en el nivel de los objetos teóricos, separándolo también conscientemente del problema que este concepto trata de comprender.

Con legítimo derecho decimos de una persona que se encuentra en éxtasis religioso, o de una persona sumida en contemplación artística, que está en determinada situación, y la persona en cuestión quizás utilizará ella misma esta expresión, después de regresar al mundo objetivamente consciente; pero esto no significa otra cosa que el intento de localizar el concepto de "situación" dentro del mundo, o sea, de concebirlo "objetivamente". "En sí, una "situación" no tiene nada que ver con las estructuras dentro del mundo; más bien tratamos de comprender teóricamente, mediante esta expresión (que precisamente debe señalar la pérdida de todo lo objetivo), algo totalmente "distinto", algo que —como tal— sólo puede ser "vivido", y que se diferencia por el hecho de existir aparte de toda forma, de todo lo que existe en el universo, es decir: de todos los objetos; algo, empero, que lleva una relación sumamente curiosa al "mundo" mismo, según parece.

"El universo" mismo debe ser reconocido como algo totalmente problemático, algo que "en sí" no es un "objeto, algo que en realidad ni siquiera "es"; de lo contrario, ¡el "universo" existiría dentro del universo! Dentro del universo, empero, existe meramente el "concepto del universo", que constituye un objeto, exactamente como una piedra, un hombre, un rayo de luz, un lapso de tiempo, una ley natural, una exigencia ideal, o un valor. Pero el "universo" mismo no es un objeto,

no puede ser un objeto, sino que sólo puede comprenderse teóricamente, o sea, objetivamente, como algo "distinto", frente a todo lo objetivo. El filósofo que se siente llamado a hacer esto, se distingue así fundamentalmente de cualquier otro pensador por la circunstancia de que su campo de labores no existe aún *a priori* en el universo (por tratarse del "universo" mismo), sino que este campo debe ser introducido primeramente en el universo, y debe ser objetivado. No es así que algo objetivo lo coloque ante problemas de cuya solución depende todo, sino que, al revés, todo lo objetivo se le presenta como la solución de un problema, de cuya formulación depende todo. El filósofo se plantea —uno podría decir— la "tarea en sí", sin que considere como problemático desde cierto ángulo a algún objeto especial que exista dentro del mundo. Pero, aun si no es una "cosa", la que se le plantea problemáticamente en esta forma fundamental, entonces debe ser algo distinto de una cosa, o cuando menos tendremos que designarlo como algo distinto de una cosa. Es "el universo" mismo, hasta donde resulte ser accesible dentro del universo mismo. Y esto acontece en forma "situacional". Ya que el "universo" mismo (es decir: ningún objeto, o sea nada dentro del universo) constituye el verdadero campo de la tarea filosófica, y el conocimiento del "universo" (o sea su objetivación teórica, y su transformación en "cosa") es su última meta, por esta razón ningún objeto puede ser su punto de partida o su base de operaciones, anclada en el universo. Una "situación" lo obliga a abandonar la plenitud variada de objetos, y a penetrar en algo "distinto" que no sea algún objeto, que no se encuentre dentro del universo, sino que merezca ser calificado como "el universo" mismo.

Con lo anterior hemos explicado la relación entre "situación" y "universo".

Pero ahora existe aún una relación semejante entre "universo" y "objeto".

"El universo" no es algo trascendente, que se encuentre detrás de las "cosas dentro del universo" como un misterio infinito, y que como tal circunde las cosas, de manera que nosotros, que sólo podemos aclararnos a nosotros mismos me-

diante lo objetivo, sólo podíamos conocerlo "situacionalmente". El que tratara de formarse así el concepto del "universo", incurriría en una contradicción: por una parte daría un tratamiento al "universo" que corresponde a una cosa dentro del universo; y por otra parte, en vista de que la estructura que así surgiría obviamente no tendría su lugar adecuado, la expulsaría fuera de los límites de lo objetivo, mediante una mágica orden filosófica. Es verdad que el "universo" no puede encontrarse dentro del universo, como un objeto; pero es mucho más reprobable lanzarlo fuera del universo. *Hic Rhodus, hic saltus!* Por lo tanto, debe ser posible vivir "algo", "situacionalmente", que pertenezca al objeto, pero que sea radicalmente distinguible de todo lo objetivo, y que deberemos concebir, por lo tanto, como un "algo" que en realidad no es "algo", ni tampoco "es", propiamente hablando. De lo contrario no podría existir un lazo entre el "universo" y los objetos dentro del universo, pero esto contradiría la experiencia del filósofo que se aclara a sí mismo en forma objetiva, y que siente "situacionalmente" al mismo tiempo que dentro de él mismo, y dentro del universo, existe "lo otro". También es probable que la filosofía, en este caso, no sintiese el impulso de salir más allá de la práctica de una inmersión "situacional": sería de antemano una empresa vana apuntar siquiera hacia lo típicamente inherente al universo que encontremos en el universo, a través de alguna objetivación del universo (que, como tal, debe perder las características del universo, como ya hemos visto), a no ser que el "universo" no fuera accesible en forma "situacional" en el objeto mismo. Pero, si éste es el caso, debemos ahora fijar nuestra atención en este punto, y lo mejor es que nos representemos una vez más en forma clara qué es lo que convierte al objeto en objeto de su objetividad específica.

Ya hemos afirmado todo lo que puede concebirse de cualquier manera y todo lo que puede tratarse como algo acabado —la hoja en el árbol, el oxígeno en el aire, el pensamiento en una frase o el ideal en la presunción, la personalidad histórica en lo pasado, o lo pasado en el tiempo, o el tiempo mismo—; todo eso es un objeto, está dentro del universo en cuanto existá claramente, de cualquier manera: para una conciencia, junto con una conciencia, como una con-

ciencia, o dentro de una conciencia. Pero en realidad sólo es el caso en cuanto esté libre de aspectos problemáticos, exento de dudas. El problema mismo, visto así, es un objeto; la pregunta como tal, también; pero lo problemático, y aquello a que se refiere la pregunta, no son objetos. Por el hecho de preguntar, por el hecho de que algo nos parezca problemático, privamos al objeto de su objetividad, arrancamos ese "algo" de la claridad y seguridad de su existencia, lo destruimos como "algo", disolvemos ese pedazo del universo que, hace un momento, conocíamos y poseíamos como algo acabado (y lo anterior incluye a nosotros como objetos), y lo rechazamos, reincorporándolo de nuevo en "el universo".

Con lo anterior hemos conquistado la relación entre "el objeto" y "el universo", y al mismo tiempo hemos posibilitado una nueva fórmula del "universo", que como tal es un objeto, pero que apunta hacia "lo otro" (lo mejor sería decir: "lo otro situacional"), a través de aquella objetivación que pronuncia finalmente en forma exenta de problemas —apuntando hacia lo otro como hacia algo infinito y problemático. "El universo" mismo se vuelve situacionalmente accesible en lo infinito y problemático. En cambio todo objeto se encuentra anclado en esto, en lo infinito-problemático; sólo es un objeto para el que lo acepte como "acabado"; pero se retro-convierte en su "situacionalidad inherente a su relación con el universo" si alguien intenta captarlo situacionalmente quebrándolo como objeto, disolviéndolo en lo infinito-problemático, repulsándolo —como ya lo hemos expresado— hacia "el universo". Lo anterior es evidente, ya que, si algo es experimentado en forma situacional como problemático, entonces ya no es "algo" sino "universo".

Parece que estos pensamientos nos alejan mucho de Hegel, pero se distinguen más bien de sus palabras que de su espíritu. Según dice Kuno Fischer:¹⁸⁸ "Toda la importancia del conocimiento de uno mismo reside en la crisis que provoca en nuestra vida. Convierte nuestra situación en nuestro objeto; nos muestra al poder, bajo el cual hemos vivido, como un objeto, frente al cual nos encontramos." Y estas frases equivalen a una declaración de adhesión a la filosofía del Idealismo absoluto.

¹⁸⁸ *Einleitung in die Geschichte der neuern Philosophie* [Introducción a la historia de la filosofía moderna], 5ª ed., p. 13.